

Cámaras ocultas y ética periodística: ¿una pareja malavenida?

El uso de cámaras ocultas para obtener información es, según el autor, éticamente reprobable. En último extremo, no hace mejores periodistas a quienes se valen de ellas.

MIGUEL ÁNGEL QUINTANA PAZ

El 4 de agosto de 2004 el programa *Panorama* de los servicios informativos de la BBC emitía el reportaje titulado 'Buying the games' ('Comprar los juegos'). Los juegos a los que se refería eran los olímpicos, concretamente los de 2012: un acontecimiento que, todavía en el verano de 2004, nadie sabía con seguridad dónde se iba a celebrar. Como recordaremos, Madrid era por entonces, y hasta su derrota en la votación de julio del año siguiente, una de las ciudades candidatas; también lo eran París, Nueva York, Moscú y Londres. Los periodistas de la BBC, capitaneados por Justin Rowlatt, habían decidido aprovechar esta última candidatura y hacerse pasar por representan-

tes de una ficticia empresa londinense a la que denominaron New London Ventures; esta compañía se hallaría presuntamente tan interesada en conseguir que los Juegos Olímpicos se llevaran a cabo en Londres durante 2012, que estaría dispuesta a sobornar con altas sumas de dinero a diversos miembros del Comité Olímpico Internacional –futuros votantes en la decisión de la sede olímpica definitiva–.

Disfrazados, pues, de empleados de New London Ventures, Rowlatt y su equipo de periodistas intentaron abordar durante meses a varios miembros del COI. Pronto consiguieron su objetivo: Iván Slávkov, presidente del Comité Olímpico de Bulgaria, accedió a

Miguel Ángel Quintana Paz es profesor de Ética y Deontología de la Comunicación en la Universidad Europea Miguel de Cervantes de Valladolid.

reunirse con New London Ventures, algo que ya por sí solo entraba en rigurosa contradicción con las normas del COI. Los periodistas acudieron a esa reunión armados con sus cámaras ocultas. Y les fueron sumamente útiles. Consiguieron grabar a Slávkov aceptando el soborno, e incluso sugiriendo a los camuflados profesionales de la BBC nuevos nombres de compañeros del COI que también podrían mostrarse proclives a aceptar un pequeño estímulo (se barajaron cifras de decenas de miles de dólares) a la hora de determinar cuál sería el sentido de su votación.

Tras la emisión del reportaje, en horario de máxima audiencia, lo impactante de las imágenes de todo un miembro del COI recogiendo fondos a cambio de su voto desencadenó cierto revuelo. Se puso en entredicho, una vez más, el prestigio ético de las instituciones olímpicas; Iván Slávkov fue suspendido temporalmente de su cargo; mucha gente felicitó a la BBC y su impulso periodístico, que nos habían permitido desvelar ante todo el mundo las imágenes de los trapicheos que normalmente quedan ocultos en despachos, pasillos y demás escenarios de *lobbying*. Para todo ello, por supuesto, había resultado indispensable la utilización de esas pequeñas maravillas de la tecnología, las cámaras ocultas: esos aparatitos que por fin nos concedían a los míseros mortales la posibilidad de ver aquello que, en épocas más primitivas del perio-

Mantener que si nosotros no usamos cámaras ocultas, alguien lo hará primero y nos robará la exclusiva no es un argumento válido.

dismo, teníamos que dejar en manos del nudo relato del periodista y de nuestra siempre exangüe imaginación.

Que las cámaras ocultas ejerzan sobre nosotros un fuerte poder de atracción no tiene nada de extraño. Ya Aristóteles reconocía, al principio de su *Metafísica*, que una de las notas distintivas del ser humano es seguramente su curiosidad: “Las percepciones de los sentidos nos agradan por sí mismas... sobre todo las de la vista”. Existen incluso motivos más contemporáneos para ese anhelo por mirar las cosas, meter nuestros ojos don-

de nadie los ha metido, atisbar por la rendija de la intimidad ajena: Jean Baudrillard ha cobrado de reciente cierta fama al defender la idea de que vivimos en una época caracterizada por el hambre de 'realidades'; puesto que nuestro mundo, según Baudrillard, está repleto de sucedáneos, de meras apariencias, de postizos, de simples espectáculos, una de las cosas que más apreciaríamos serían esos instantes en que, de pronto, irrumpe ante nosotros la realidad misma, sin intermediaciones, sin relatos de otros o interpretaciones de terceros: las imágenes de los sucesos como tales, sin más.

En realidad, existe incluso una razón más potente que todas las anteriores para que la gente considere plenamente justificado el uso de las cámaras ocultas. A menudo, cuando he discutido de estos asuntos con profesionales y teóricos de la comunicación, me han planteado un argumento (no sin cierta sorpresa por mi parte) que ellos creían de suficiente peso como para respaldar, sin más, la legitimidad de las cámaras ocultas. El motivo es, simplemente, que tales cámaras existen, que podemos usarlas; que si no las usamos nosotros, habrá otros que sin duda sí que recurran a ellas, de modo que, ¿por qué privarse ascéticamente de una novedosa posibilidad técnica así?

La endeblez de esta argumentación resulta patente. Existen multitud de avances tecnológicos, en oca-

siones muchísimo más sofisticados que una microcámara de 100 euros, ante los que no consideraríamos éticamente aceptable que se utilizasen con alegría "simplemente porque están ahí" o "porque si no lo usamos nosotros, alguien lo hará primero (y nos robará la exclusiva)". Un buen ejemplo de este tipo de objetos son las bombas atómicas. Había excelentes motivos en la Guerra Fría para pensar que, puestos a usar bombas atómicas, resultaba netamente recomendable ser los primeros en usarlas, no los segundos. Aun así, nos hubiese parecido (y nos parece) una barbaridad emplear esos dispositivos "simplemente porque la tecnología nos da la posibilidad de usarlos". Una cámara oculta no produce, por supuesto, las mismas consecuencias terribles que una bomba nuclear (tal vez sólo a Iván Slávkov le quepa alguna duda a este respecto). Pero tampoco parece motivo suficiente para utilizar un avance tecnocientífico cualquiera (armas, escuchas telefónicas, sugestión subliminal, drogas, agentes contaminantes...) el simple hecho de que los hayamos descubierto. Hace falta analizar si éticamente resulta positivo o negativo tal uso. Dedicaremos el resto de este artículo a un análisis tal.

Existen diversos mecanismos para analizar la legitimidad ética de un acto. Uno de ellos, que a menudo resulta el más intuitivo, es el siguiente: para saber si un acto es éticamente co-

rrecto o no, miremos a las consecuencias que acarrea. Si estas consecuencias aumentan la felicidad de la gente, si toda aquella porción de la humanidad que se verá afectada por ese hecho va a salir más beneficiada que perjudicada a resultas del mismo, entonces el acto es éticamente bueno. Proceder éticamente, en el fondo, equivale a aumentar el bienestar (o disminuir el dolor) de aquellos que serán influidos por nuestra acción. A veces, es cierto, incrementaremos el contento de unos pero también disminuirémos la felicidad de otros; se trata, en esos casos, de calcular cuál de las dos magnitudes es más alta: si aumentamos la satisfacción en mayor medida que elevamos la insatisfacción, entonces estamos actuando bien, y mal si ocurre al contrario. A este procedimiento de análisis ético le llamamos, los que nos dedicamos a la ética, 'utilitarista'; y tiene nada menos que en un Jeremy Bentham o un John Stuart Mill sus antecesores más ilustres.

Desde un punto de vista utilitarista, el uso de cámaras ocultas en ejemplos como el del programa *Panorama* de la BBC parecería, a primera vista, claramente recomendable. Al fin y al cabo, una gran cantidad de consecuencias positivas se van a poder extraer de la acción de Justin Rowlatt y su equipo de periodistas: previsiblemente, se evitará que en el futuro sucedan casos parecidos; disminuirá, pues, la corrupción, con el enorme

Los supuestos beneficios sociales que se puedan derivar del uso de cámaras ocultas no justifican su empleo.

gasto que esto supone para el contribuyente medio; aumentará la satisfacción del público, que será consciente de que 'las cosas funcionan bien' en las 'altas esferas'. A todo ellos, además, se le suma el placer que nos produce el poder atisbar detrás de las entretejas del poder, la satisfacción de la curiosidad esa a la que antes aludíamos con Aristóteles. Ciertamente es que, para algunas personas (como Iván Slávkov y el resto de implicados en la trama de corrupción) no todo serán consecuencias tan halagüeñas; pero, ¿qué importa el enojo de una minoría de corruptos al lado de la satisfacción de

cientos y cientos de millones de justos ciudadanos, contentos porque al final las cosas en el mundo se hacen bien (y ellos las pueden ver)?

Son frecuentemente argumentos de este tipo los que se desarrollan cuando de defender la utilización de las cámaras ocultas se trata. Nos van a traer netos beneficios sociales, se arguye. Gracias a ellas, los periodistas podremos favorecer la justicia y evitar el mal; al exhibir públicamente las conductas inmorales, ilegales o descorteses de algunos individuos, se escarmentará a estos y se aleccionará a otros para que no incurran en los mismos desmanes que las gentes públicamente ‘castigadas’ de esta manera. Las cámaras ocultas no serían, pues, sólo un avance tecnológico: nos van a permitir, asimismo, avanzar socialmente en el camino hacia una humanidad más justa, más responsable y menos mentirosa. Y todo ello, con sólo ponerlas en las manos de periodistas deseosos de hacer el bien.

Ahora bien, ¿es todo tan benéfico de verdad cuando, en la práctica, se hace uso de las cámaras ocultas? Volvamos a nuestro ejemplo de la BBC. Ciertamente se apartó de su cargo a Iván Slávkov; pero sólo fue un cese momentáneo. De hecho, Slávkov acudió a la votación sobre la sede olímpica del 2012, menos de un año después de efectuadas las grabaciones que presuntamente le condenaban. ¿Por qué? Bueno, Slávkov se defendió desde el principio aseverando que, en

realidad, él también estaba fingiendo cuando aceptó el soborno que aquellos disfrazados periodistas de la BBC le ofrecían. Él también estaba ‘investigando’ (no sólo los periodistas tienen el privilegio de emprender ‘campañas de investigación’): se le grabó aceptando el soborno sólo porque, en realidad, él también deseaba ‘saber más’ (ya decía Aristóteles que todos los hombres somos curiosos), ansiaba descubrir quién se encontraba detrás de todo aquel fraude, y quiso hacerse pasar por uno de los sobornados (al igual que los periodistas se querían hacer pasar por sobornados) para infiltrarse en la trama. En suma, Slávkov también decidió ejercer de buen utilitarista, y hacer el mayor bien a la humanidad; al igual que el equipo de Rowlatt, él sólo anhelaba beneficiar a la mayoría, destapando una corrupción que intuía mucho mayor de lo visible tras las atractivas ofertas monetarias de New London Ventures.

Resulta indiferente que, para lo que aquí nos interesa, juzguemos como convincentes o no las razones de Slávkov (si bien al COI, en el fondo, se las vino a parecer). Lo único importante es que, desde un punto de vista utilitarista, él estaría tan justificado para hacer lo que hizo como los periodistas de la BBC lo estaban para emprender su ‘periodismo de investigación’. Ambos pueden escudarse, si alguien les reprochaba sus actos, en que las consecuencias que estos ten-

drían iban a resultar netamente benéficas para la humanidad. De modo que no está ya tan claro que, cuando uno se pone a emplear cámaras ocultas, pueda siempre beneficiar al mundo en la medida en que cree o quiere hacerlo. Engañar como periodistas a los demás cuando les grabamos, sin advertirles de que están siendo grabados, tiene el inconveniente de que los demás también pueden aducir (con la misma legitimidad que nosotros) que nos estaban engañando (y, es más, que ellos también engañaban ‘por una buena causa’). Ocurre así que esa grabación, que comenzó con un ocultamiento de la verdad (la de los periodistas que grababan sin advertirlo), puede terminar por no revelar ninguna verdad. Si se empieza tapan-do la verdad, puede que ésta quede para siempre tapada: y nosotros, que empezamos mintiendo (aunque fuese ‘por una buena causa’) seremos en justicia los menos indicados para re-prochar a otros sus mentiras.

Es, en todo caso, además sumamente dudoso que el empleo de cámaras ocultas –y este es quizá el argumento más fuerte desde un punto de vista utilitarista contra la utilización indiscriminada de las mismas– sea provechoso con miras a incrementar la felicidad general de la humanidad. Bástenos con imaginar un mundo en que todos nosotros (hoy, de hecho, ya es técnicamente posible) vayamos de un lado para otro con nuestra cámara oculta en ristre, graban-

Engañar como periodistas a los demás cuando les grabamos tiene el inconveniente de que los demás también pueden aducir que nos estaban engañando (y, es más, que ellos también engañaban ‘por una buena causa’).

do (sin prevenir a nadie de ello, naturalmente) cualquier conversación, cualquier confidencia, cualquier actividad en que nos veamos inmersos. Después de todo, si las cámaras ocultas son tan positivas, ¿por qué restringir su uso solamente a periodistas? ¿Qué privilegio habrían de tener los periodistas para poder hacer algo que los demás humanos no podríamos igualmente hacer –y ‘en bien de la humanidad’, además–? La pregunta (utilitarista) que surge entonces inevitable es la siguiente: ¿sería ese un mundo más feliz? Al fin y al cabo, sería un mundo donde, como abogan los de-

fensores de las cámaras ocultas, todo el mundo tendría buenas razones para no hacer o decir nada malo o ilegal, temerosos como estaríamos todos continuamente de estar siendo grabados. Ese mundo con menos malhechores y menos desvergonzados, ¿es de veras un mundo más satisfactorio? Naturalmente, George Orwell ya nos ilustró convenientemente a ese respecto, con lo que sobra el pretender aducir aquí argumentación ulterior alguna.

El ejemplo de Orwell nos ayuda a aproximarnos a un segundo método de análisis ético: el procedimiento kantiano. Pues imaginemos que, por un azar del destino, todos llegásemos a la conclusión de que sí, de que un mundo como el del Gran Hermano orwelliano sería un mundo más feliz: con menos crímenes, con menos mentiras, con menos corrupción y menos decepciones; como todos correremos el riesgo de resultar grabados con una cámara oculta en cualquier momento de nuestras vidas, todos actuamos del mejor modo que se espera de nosotros, y todos nos hacemos unos a otros lo más felices que nos podemos hacer. Ahora bien, aunque ese mundo fuese (siguiendo esta hipótesis) un mundo extremadamente dichoso, cualquiera de nosotros tiene la sensación de que en ese mundo faltaría algo tremendamente importante, algo que no necesariamente equivale a la felicidad, pero sin lo cual la vida humana resul-

ta menos humana. Ese algo es la libertad.

En efecto, existe un mecanismo de análisis ético que consiste en evaluar en qué medida lo que hacemos favorece la existencia de libertad en el mundo. Aquellas acciones que sean actos no sólo libres, sino que no pisoteen la libertad de los demás, serán desde esta perspectiva actos éticamente correctos. Las acciones, en cambio, que impliquen la disminución de nuestra libertad o de la de los demás serán, pues, incorrectas desde este punto de vista kantiano (independientemente de si son acciones que provocan o no satisfacción a la mayoría de la gente: ya se sabe que los seres más libres no son siempre los más satisfechos).

La pregunta kantianamente relevante, pues, al reflexionar sobre las cámaras ocultas es: ¿contribuyen éstas a hacernos más libres, o atentan, en cambio, contra nuestra libertad? Sólo una consideración superficial del asunto se limitaría a deducir que, puesto que las cámaras ocultas (como otros tantos dispositivos tecnológicos) incrementan el número de ‘cosas’ que podemos ‘hacer’, son entonces sin duda brillantes paladines de la libertad humana. Pensar así sería como argüir que, puesto que las ya citadas bombas atómicas nos permiten acometer acciones que sin ellas serían impensables, entonces la existencia de tales bombas aumentó, desde el momento mismo de su invención, el grado de libertad que los hu-

manos disfrutamos en nuestro planeta. Pues lo cierto es que hay multitud de dispositivos que no sólo no nos hacen más libres, sino que nos resultan en términos globales crasamente amenazantes; tecnologías que ponen en riesgo nuestros derechos, nuestra intimidad, nuestro pequeño espacio de desarrollo personal al que llamamos (como en cierta canción se llamaba un barco) ‘Libertad’. Las cámaras ocultas, capaces de inmiscuirse en la privacidad de cualquiera sin que previamente se las haya dado tal permiso, capaces de arrebatarnos momentos que creíamos de nuestra exclusiva propiedad, capaces de manosear nuestro honor y de manipular nuestra espontaneidad, son seguramente uno de los mejores ejemplos de tales aparatos potencialmente dañinos; si a partir de un momento dado los periodistas generalizasen su uso, y se emplearan continuamente sin respetar el que queramos o no ser grabados, sólo un ingenuo podría considerar que, desde ese día, su vida era una vida más libre (ya hemos visto antes que, seguramente, tampoco sería una vida más feliz).

Por último, volvamos la vista a nuestro viejo amigo Aristóteles. Él, aparte de hablar de la insaciable curiosidad humana al principio de su *Metafísica*, también se ocupó de proporcionarnos un esquema de análisis ético que difiere tanto del utilitarismo de Bentham y Mill, como de la apuesta por la libertad de Kant. En

La pregunta fundamental que hemos de hacernos cuando nos interrogamos sobre la legitimidad ética de un acto es: ¿me ayuda este acto a ser mejor persona? Y en el caso de las cámaras ocultas, ¿nos ayudan las microcámaras a ser mejores periodistas?

efecto, según el punto de vista aristotélico, la pregunta fundamental que hemos de hacernos cuando nos interrogamos sobre la legitimidad ética de un acto es: ¿me ayuda este acto a ser mejor persona? Lo cual, en el caso de las cámaras ocultas que ahora nos enreda, podríamos reformular como ‘¿nos ayudan las microcámaras a ser mejores periodistas?’.

La mejor respuesta que conozco a esta pregunta, con argumentos que creo que hubiesen entusiasmado al propio Aristóteles, la proporcionó el periodista Jaume Boix en el diario *La Manyana*, apenas unos días más tarde

(el 10 de agosto de 2004) de la emisión del reportaje 'Buying the games'. La argumentación que Boix hace en su artículo 'Corrupció periodística' puede resumirse en las siguientes preguntas retóricas: ¿son un buen modelo de periodistas los reporteros, como los del programa *Panorama*, que mienten, fingen, falsifican y atentan contra la intimidad? ¿Es eso lo que entendemos por ser un buen periodista, un periodista admirable? ¿Es esa la imagen que queremos que tenga la sociedad de nosotros? ¿Tendría ese tipo de periodista algún tipo de honorabilidad como para andar después acusando a otras personas (en este caso, a los miembros del COI) de sus particulares miserias? ¿Es esa quejencia por el sensacionalismo (en lugar de la investigación rigurosa, la búsqueda de la verdad que apuesta desde el principio por la verdad, el trabajo paciente) lo que queremos que caracterice a los profesionales del periodismo? ¿No preferiríamos ver en los periodistas a personas cuya pasión por lo verdadero les hace fiables y dignos de ser escuchados siempre, porque sabemos que jamás (a diferencia de los disfrazados de *Panorama*) sucumbirán a los poderosos encantos de las mentirijillas (o del puro fraude)?

Las preguntas de Boix cobran un peso especial cuando nos percatamos de que el modelo de periodista que propone no resulta una mera quimera. Pues alguno quizá estaría tentado a contestar que sí, que lo ideal sería

actuar tal que el tipo de periodista que Boix propugna; pero que ese periodista ideal jamás hubiese llegado a averiguar, por ejemplo, que en el Comité Olímpico Internacional se practicaban el tipo de actividades que la BBC desveló con su reportaje, y que por lo tanto ese modelo ideal de periodista resulta dudosamente recomendable si de ganarse la vida y lograr algún descubrimiento sobre lo que de veras pasa por el mundo se trata. Este contraargumento, empero, falla estrepitosamente en el caso que nos ocupa: el propio Boix, junto a Arcadi Espada, habían ya mostrado (seis años antes que la BBC) en su libro *Samaranch, l'esport del poder* (1999, 2ª ed.) que había buenas razones para denunciar el mismo tipo de cosas que Justin Rowlatt y sus hombres 'descubrieron'. Ciertamente Boix y Espada lo habían hecho sin cámaras ocultas, sin imágenes impactantes del ávido Slávkov embolsándose cheques cuantiosos, y sin tanta fanfarria como para obtener un programa de máxima audiencia en la BBC. Pero lo habían hecho de un modo éticamente impecable. Con tesón, con rigor informativo y con mucho, mucho trabajo. ¿Es ese el modelo que queremos para hacernos una idea de lo que significa ser un gran periodista, o nos basta con cualquier chicuelo, cargado de sus cámaras ocultas, que vaya por ahí ejerciendo de actor y poniendo trampas a quien se tope con él, cual moderno timador, 'por si cae'?

La ética no es una ciencia exacta. A menudo, un determinado planteamiento ético (el utilitarista, por ejemplo) arroja conclusiones bien diferentes a las de otro (el kantiano, verbi-gracia). Así, para un utilitarista estaría plenamente justificado el asesinar a un sujeto 'si con ello se salva todo un pueblo'; para un kantiano, en cambio, jamás el bienestar de la mayoría puede aplastar hasta tal punto la libertad de un individuo como para asesinarle, torturarlo o arrebatarse cualquier otro de sus derechos fundamentales.

Puesto que la ética produce con frecuencia resultados tan contradictorios entre sí, resulta señeramente reconfortante percatarse de alguna de las felices ocasiones en que, desde cualquier punto de vista ético en que se mire, un acto puede reputarse como netamente positivo (o negativo). Uno de esos casos es el del empleo de cámaras ocultas por parte de los periodistas. Es probable que a otros profesionales (la policía, por ejemplo) les quepa hacer un uso éticamente bien provechoso de tales aparatitos. Pero los periodistas no son policías, la sociedad no los somete al control al que sí que somete a éstos, y ninguna redacción periodística admitiría que todas sus decisiones más importantes (como ocurre con las policiales) hubieran de ser refrendadas por un juez. Los ciudadanos no destinamos parte de nuestros ingresos a financiar a los periodistas para que estos se dediquen

Es probable que a otros profesionales (la policía, por ejemplo) les quepa hacer un uso éticamente bien provechoso de las cámaras ocultas. Pero los periodistas no son policías.

luego a ponernos trampas o a invadir nuestra intimidad. Queremos tener periodistas, pero sólo porque pensamos que sus informaciones nos podrán hacer en ocasiones más felices, en ocasiones más libres; a veces, ellos mismos, con su infatigable amor por la verdad, nos serán un modelo bien estimulante. Las cámaras ocultas, como hemos visto, suelen ayudar bien poco en cualquiera de estos tres sentidos; y prácticamente siempre atentan gravemente contra uno o más de ellos. Pocas dudas éticas a propósito de cuán desdeñables son nos han de caber, pues. ❖